**ORACIÓN AL CRISTO DE LA BUENA MUERTE**

Qué lejos ahora el mundo, Señor. Qué lejos ahora los universos infinitos, las medidas sin cálculo posible, las horas sin tiempo que las cuente. Qué lejos todo al estar Tú tan cerca. Y qué cerca todo al saberte tan humano, tan hombre. Por las laderas florecidas de tu divinidad se desliza una brisa de palabra fiel, de cuerpo vivo, de labios todavía húmedos. Unos labios que el mundo, Señor, no quiere escuchar.

A mí me duele el mundo, Señor. Por tanto, me dueles Tú. Me dueles como nunca antes, porque tu Paz está herida. Se desangra sin que nadie venga a socorrerla. Se pierde, se evapora. Sin embargo, sé que no terminará nunca por morir en el mar de la nada. Jamás se ahogará en el océano de la destrucción, de la inconsciencia, porque el barco de la fe combatirá las olas y las tempestades de los tiempos. En ese barco estamos todos nosotros, esperando los designios del timón de tu mirada. Tan firme, tan segura, tan cierta. Una mirada que solo comprenderemos cuando acudamos al encuentro de la Paz.

Esta noche, Señor, con la Cuaresma anidando en tus costillas, traigo mi oración envuelta en el hilo de la sencillez. En ella, las palabras que de siempre me enseñaron y que sostienen los compartimentos de mi memoria torpe y desacostumbrada. Paz. Sin Paz no hay vida y, ni mucho menos, existencia. Existimos porque la Paz nos ilusiona, nos conmueve. Y al mundo le hace falta paz, unión, reunión en torno a Ti y a tu mensaje. La Paz es el engranaje del planeta, el mecanismo que nos convierte en humanos, el impulso que necesita la razón para convivir. Te pido Paz, Señor, para un mundo que se desborda.

Pero sé, y sé que sabes, que para llegar a la Paz solo existe un camino. El del Amor. Si hay Paz es porque nos amamos, y porque nos amas. ¿Acaso alguien encontró alguna vez la Paz plena sin haber amado antes? ¡No existe, Señor! ¡No hay Paz para quien reniega del Amor, como tampoco hay Amor en quien tiene el corazón pobre de caridad! Hemos perdido valentía a la hora de amar. Y esa fuerza solo podemos encontrarla en ti, en tu palabra, en tu obra infinita y memorable. Enséñanos a amar para alcanzar la gloria de sentirnos en paz contigo y con el mundo.

¿Sabes qué, Señor? He venido hoy aquí movido por la palabra que me acompaña cada vez salgo de casa, voy a clase, me reúno con amigos o, simplemente, siempre que vengo a verte. Es una palabra que sabe a miel, a fruta recién madurada, a mediodía y a claridad. Porque tú también eres claridad, jamás negrura. Es una palabra que huele a vida, a sustento y a fortaleza. Es una palabra que te define. Una palabra que nos hace confiar en que todo está por venir. Si estoy aquí es porque tengo Esperanza, Señor. Esperanza en Ti, en tu legado. Tu legado no está solamente aquí, entre cuatro paredes. Tampoco un día al año bajo el crudo sol del martes. Tu legado es la Esperanza como seres humanos, como hombres y mujeres tuyos. Si no hay Esperanza, se apagarían todas las luces y este mundo no tendría ningún sentido. Por eso resurges y renaces; porque eres pura Esperanza. Danos Señor, la Esperanza necesaria para que caminemos siempre hacia delante, hacia el futuro. Esperanza para mi tierra, para mi gente, para nuestra fe y para el hombre.

Por último, te pido por el mayor regalo que nos ofreces. El regalo que, al fin y al cabo, nos reúne a todos esta noche y que nos permite estar contigo. Salud. Siempre me enseñaron, Señor, a pedir Salud. Cinco letras que todo lo cambian y todo lo deciden. Sé que nuestro destino es arribar para siempre en la Casa del Padre, en la eternidad misma de tus ojos dormidos. Pero, entretanto nos preparamos, cada segundo que existimos es un don finito del que hay que extraer todo su jugo. Un jugo dulce y nutritivo que no volverá jamás.

No hay Paz, Señor, si no hay Amor. Baste solo la Esperanza para vivir en Salud todos los días de nuestra vida. Salud para estos jóvenes comprometidos y sobre todo, Señor, Libertad. Otórganos siempre la libertad de seguir creciendo, aprendiendo y conociendo. Solo así seguirás vivo entre nosotros. Solo así viviremos en Ti.

Está trepando la muerte

Por los muros de la escuela.

Y su manto sobrevuela

El mes de marzo y su suerte.

Aunque yo sé que en tu inerte

Pecho de luces, la aurora

dejó grabada la hora

en que hasta el cielo se abra

con tan solo su palabra:

“Ahora, hijo mío. Ahora”